

## LA DIMENSIÓN ÉTICA DEL EXTRAVÍO DE OCCIDENTE<sup>1</sup>

THE ETHICAL DIMENSION OF THE LOSS OF THE WEST.  
A DIMENSÃO ÉTICA DA PERDA DO OESTE.

Carlos Eduardo de Jesús Sierra Cuartas<sup>2</sup>

Fecha de recepción: 07.03.2019

Fecha de aceptación: 10.07.2019

---

**Resumen:** Quienes somos parte de Occidente, los hombres del oeste, desconocemos mucho de nuestra historia a causa de ocultaciones infaustas que datan del remoto pasado. En especial, la debida a Platón y sus seguidores en relación con el legado de Parménides. Como consecuencia de esto, ha solido creerse que hay una división tajante entre un Occidente racional y un Oriente espiritual. Empero, no siempre fue así, puesto que alguna vez existió una continuidad entre ambos mundos mediada por una tradición técnica basada en la incubación de sueños con fines médicos y legislativos, entre otros. A raíz de esto, la historia de la ciencia y la tecnología de Occidente precisan una reescritura radical, con las inevitables consecuencias en el plano ético.

**Palabras claves:** Bioética global, Historia de la medicina, Incubación de sueños, Revolución bélica del siglo XVIII, Principio de responsabilidad.

**Abstract:** Those of us who are part of the West, the men of the West, do not know much about our history because of unpleasant occultations that date back to the remote past. Especially, the one due to Plato and his followers in relation to the legacy of Parmenides. As a result of this, it has often been believed that there is a sharp division between a rational West and a spiritual East. However, this was not always the case, since there was once a continuity between both worlds mediated by a technical tradition based on the incubation of dreams for medical and legislative purposes, among others. As a result of this, the history of Western science and technology requires a radical rewriting, with the inevitable consequences on the ethical level.

**Keywords:** Global bioethics, History of medicine, Incubation of dreams, War revolution of the eighteenth century, Principle of responsibility.

---

<sup>1</sup> Este artículo tiene su origen en una revisión detenida llevada a cabo por el autor de las raíces de la actual crisis de Occidente.

<sup>2</sup> Magíster en Educación Superior de la Pontificia Universidad Javeriana e Ingeniero Químico de la Universidad Nacional de Colombia. Profesor Asociado con Tenencia del Cargo de la Universidad Nacional de Colombia, Facultad de Minas. Miembro de *The New York Academy of Sciences*, *The History of Science Society*, *The British Society for the History of Science*, *The Newcomen Society for the Study of the History of Engineering and Technology* y *The International Committee for the History of Technology*. Así mismo, fue miembro del Consejo Editorial de la Circular de la Red de Astronomía de Colombia (RAC) hasta el momento de su repentina extinción a comienzos de 2019 y Miembro de Número de la *Sociedad Julio Garavito para el Estudio de la Astronomía*. Además, es *Biographee* de *Marquis Who's Who*, *American Biographical Institute* e *International Biographical Centre*. De otra parte, ex miembro del grupo de investigación Bioethicsgroup, línea Bioética global y complejidad, coordinado desde la Universidad Militar Nueva Granada, Colombia; y ex miembro del Comité de Ética de la Investigación de la Universidad Nacional de Colombia, Sede Medellín. Correo electrónico: cesierra48@une.net.co.

### **EXORDIO: Naturaleza del problema**

A despecho de la lúcida obra de Oswald Spengler (1991) sobre la decadencia de Occidente, acerca de esta civilización existe un buen número de mitos y creencias carentes de fundamento riguroso, fruto de una actitud colectiva ególatra como la que más. Acaso el mito más extendido al respecto sea aquél de un sempiterno talante racional que va de la mano con un amor desmedido por la técnica, en especial aquella de tipo dominante, emasculadora de la autonomía humana y sojuzgadora de la naturaleza, talante que presupone un supuesto desdén del mundo occidental por el mundo espiritual. Más aún, suele pensarse que, en la Antigüedad, existió una división nítida y tajante entre Occidente y Oriente. Empero, mitos y creencias de semejante jaez tan solo reflejan un conocimiento deplorable de la historia de Occidente por parte de los propios occidentales, incluida su propia historia de la ciencia, la tecnología y la medicina. Ahora bien, ciertos descubrimientos arqueológicos realizados en las décadas de 1950 y 1960 en las ruinas de lo que alguna vez fue la ciudad de Elea, o Velia, en el sur de Italia, la patria de los famosos filósofos eleatas, ha obligado a replantear en principio toda esta historia. En particular, la historia de la medicina occidental, lo cual, a su vez, sugiere la necesidad de remontar los orígenes de lo que bien podría denominarse como una protobioética a tiempos antiguos. Al fin y al cabo, cuando hay una práctica concienzuda de una ciencia, un arte o una técnica sin fines dominantes, esto es, sin sed de conquista y sometimiento del ser humano y la naturaleza, la dimensión ética resulta ser de lo más connatural.

Con más precisión, la juiciosa y detenida relectura del célebre poema de la naturaleza de Parménides, padre de la lógica occidental (entre otras cosas), llevada a cabo por el filósofo británico Peter Kingsley (2017), ha obligado a replantear, para comenzar, la historia de la medicina al evidenciar otra tradición diferente a la hipocrática, base de la medicina que conocemos. Y, por ende, otra manera de relacionarse con el cosmos y entenderlo, a tal extremo que, contrario a lo que ha solido creerse durante largo tiempo, sí existió en Occidente una tradición chamánica que tuvo nexos fuertes con las tradiciones de otros lugares, como Persia, India, China y Siberia. Es decir, por aquellos días lejanos, no había una separación taxativa entre Occidente y Oriente. En el fondo, estamos hablando de tradiciones médicas cuyo basamento reside en los estados alterados de consciencia.

En general, este serio problema queda enmarcado en otro de mayor envergadura, analizado con detenimiento por el historiador estadounidense Ronald H. Fritze (2010), entre otros historiadores, a saber: el auge descontrolado de la pseudohistoria en la actualidad, cuyo ejemplo más conocido acaso lo tenemos en cierto canal televisivo dedicado a la Historia, con su pasión desbordada por los alienígenas ancestrales y otros temas traídos por los cabellos. Por supuesto, la Historia no se sustrae al modo científico de entender el mundo, por lo que la búsqueda responsable de la verdad es un valor capital en la práctica correspondiente. Pero, ¿qué sucede cuando, debido a los afanes de ciertos sellos editoriales y canales televisivos que buscan aumentar sus ventas e ingresos, no tienen empacho alguno en publicar libros y emitir programas con una pretendida base histórica y científica acerca de algún tema sensacionalista y de alto impacto? Sencillamente, se desploma el saludable rigor intelectual y el buen pensar a la científica. Acerca de este nefasto e indeseable fenómeno, abundan a granel los ejemplos. Botón de muestra, en relación con la astronomía, existen casos como el de Immanuel Velikovsky, abordado por el inolvidable Carl Edward Sagan en *Cosmos* (Sagan, 1985: 90-92) y el de Gavin Menzies, más reciente, conocido también como el síndrome de China. En este caso, en el año 2002, como si escaseasen los candidatos al respecto, entraron en escena otros descubridores de América: los chinos. Todo surgió a causa de un libro del británico Gavin Menzies, un teniente comandante de submarinos retirado, libro que lleva por título *1421: The Year China Discovered the World*, el cual, en palabras de Damian Thompson (2009: 93), es el triunfo más notable del contraconocimiento histórico. Y proliferan los ejemplos por el estilo. Sencillamente, como destaca Thompson (2009: 73), vivimos en una edad de oro de la falsa historia.

### **CAUTELAS METODOLÓGICAS**

De entrada, la primera cautela inquisitiva para abordar este tema de la dimensión ética del extravío de Occidente consiste en desmitificar la historia que conocemos, una historia de vencedores con sus inevitables sesgos y zonas de confort. En otras palabras, es menester desaprender semejante historia para así dejar la mente despejada para abordar la realidad como tal, sin ofuscación alguna, una realidad que no siempre es halagadora, que no siempre glorifica y enaltece nuestro ego de hombres occidentales. Desde luego, esto no es algo fácil como cabe comprender. Empero, en este siglo XXI en curso, estamos en un punto en el cual hemos de pensar con mente planetaria cuando menos si de superar el actual colapso de civilización se trata, lo cual implica pensar de manera holística y sistémica

por excelencia. Los regionalismos y los nacionalismos están más que pasados de moda, son un triste recuerdo de edades bárbaras. Con gran agudeza de su parte, bien decía Albert Einstein que el nacionalismo es una enfermedad infantil, el sarampión de la humanidad. Así las cosas, esta cautela esencial debe orientar la selección de información concomitante, puesto que de nada sirve el uso de fuentes que glorifican a Occidente por encima de otras civilizaciones, fuentes cargadas *per se* de ideología a más no poder. Y, como señala con sensatez Jorge Wagensberg (2003: 76), las grietas del método científico se rellenan con pasta de ideología. Eso sí, sin ir a perder de vista los talones de Aquiles de otras civilizaciones, las cuales tienden también a glorificarse. Sin duda, es la sempiterna condición humana.

### **EL GIRO AXIOLÓGICO Y EPISTEMOLÓGICO DE OCCIDENTE**

Occidente no siempre fue así, como lo conocemos, tan racional y tan devoto de los poderes otorgados por la tecnociencia al ser humano para sojuzgar a la naturaleza, tanto la humana como la que nos rodea, con su flora y fauna. De hecho, hubo un tiempo en el que había una relación íntima con la trama de la vida; un tiempo en el que quienes sabían de técnicas eran a la vez filósofos, sacerdotes y hombres de Estado; un tiempo que consideraba que hay cuatro vocaciones básicas que pueden dar a los seres humanos un grado especial de proximidad a lo divino, a saber: profeta, poeta, sanador y dirigente político o legislador (Kingsley, 2017: 193). Por ejemplo, piénsese en la figura del egipcio Imhotep (2690-2610 a. C.), arquetipo histórico de polímata, médico y astrónomo, amén de primer arquitecto y primer científico conocido en la Historia, una figura que ha quedado deformada sobremanera por obra y gracia de las películas que llevan por título *La momia*. En fin, por desgracia, podemos captar un fuerte indicio del comienzo de su giro hacia el afán de conquista al reparar en un texto antiguo, la *Antígona* de Sófocles, que refleja el temor hacia lo que el hombre puede hacer merced a la técnica si la usa mal. Recordemos cierto pasaje elocuente a la par que dramático de esta magnífica obra literaria, del respectivo coro, una preocupación temprana sobre los usos insensatos que el ser humano puede darle a la técnica, o, como bien dice Hans Jonas (2004: 25), una vieja voz acerca del poder y hacer de los hombres:

Numerosas son las maravillas del mundo; pero, de todas, la más sorprendente es el hombre. Él es quien cruza los mares espumosos agitados por el impetuoso Noto, desafiando las alborotadas olas que en

torno de él se encrespan y braman. La más poderosa de todas las diosas, la imperecedera, la inagotable Tierra, él la cansa año tras año, con el ir y venir de la reja de los arados, volteándola con ayuda de las yuntas de caballos. El hombre industrioso envuelve en las mallas de sus tendidas redes y captura a la alígera especie de las aves, así como a la raza temible de las fieras y a los seres que habitan el océano. Él, con sus artes se adueña de los animales salvajes y montaraces; y al caballo de espesas crines lo domina con el freno, y somete bajo el yugo, que por ambas partes le sujeta, al indómito toro bravío. Y él se adiestró en el arte de la palabra y en el pensamiento, sutil como el viento, que dio vida a las costumbres urbanas que rigen las ciudades, y aprendió a resguardarse de la intemperie, de las penosas heladas y de las torrenciales lluvias. Y porque es fecundo en recursos, no le faltan en cualquier instante para evitar que en el porvenir le sorprenda el azar; sólo del Hades no ha encontrado medio de huir, a pesar de haber acertado a luchar contra las más rebeldes enfermedades, cuya curación ha encontrado. Y dotado de la industriosa habilidad del arte, más allá de lo que podía esperarse, se labra un camino, unas veces hacia el mal y otras hacia el bien, confundiendo las leyes del mundo y la justicia que prometió a los dioses observar. Es indigno de vivir en una ciudad el que, estando al frente de la comunidad, por osadía se habitúa al mal. Que el hombre que así obra no sea nunca ni mi huésped en el hogar ni menos amigo mío.

Ahora bien, los descubrimientos arqueológicos, relativamente recientes, llevados a cabo en las ruinas de la antigua ciudad de Elea, implican todo un giro copernicano. De manera especial, de tales descubrimientos destacan ciertas inscripciones hechas en piedra. En primera instancia, de lo descubierto en el año 1958, están las tres frases siguientes: *Oulis hijo de Euxinos ciudadano de Elea sanador phôlarchos en el año 379; Oulis hijo de Ariston sanador phôlarchos en el año 280; Oulis hijo de Hyeronimus sanador phôlarchos en el año 446*. Más tarde, en 1960, se descubrieron en tales ruinas estas tres palabras: *Ouliadês, Iatromantis, Apolo*. Y, dos años después, apareció una inscripción singular: *Parmeneides hijo de Pyres Ouliadês Physikos*. A primera vista, puede parecer que no es gran cosa este puñado de frases y palabras. Empero, Peter Kingsley (2017), un gran conocedor de la filología clásica, haciendo gala de un fino proceder abductivo hipocodificado, deriva unas conclusiones sorprendentes. En concreto, en donde parecía estar tan solo el origen de la filosofía occidental, y, de paso, la racionalidad que sustenta la ciencia actual, aflora un sustrato religioso en el que los iatromantes y sacerdotes de Apolo conducían a los iniciados hacia un saber pensado para transmutar el concepto de lo real. Los ritos respectivos giraban en torno a la incubación de los sueños en cavernas o templos, que, se decía, hacían las veces de entradas al inframundo, o sea, *plutoniums*. Además, tales

ritos servían para la sanación, no solo la del cuerpo. En el fondo, lo que había de por medio eran estados alterados de consciencia, estados que no eran sueño ni vigilia. Por desgracia, Platón hizo de las suyas para ocultar el legado de Parménides en este sentido contenido en su célebre poema, un texto enigmático que desafió a todos sus intérpretes a lo largo de más de 2500 años. Más aún, los descubrimientos antedichos han dejado bastante claro que Elea tuvo una tradición que remonta sus raíces a Anatolia, en cuya costa occidental estaba la ciudad de Focea, de la cual procedían los fundadores tanto de Elea como de Marsella.

No menos relevante es el hecho que Pitágoras de Samos llevó consigo a Italia las respectivas tradiciones de Anatolia sobre técnicas de incubación de sueños para descender al inframundo. Incluso, convirtió en templo su nuevo hogar en el sur de Italia y construyó una sala especial subterránea en la que permanecía inmóvil durante largos períodos de tiempo. Luego, describía sus visitas al inframundo y su retorno como mensajero de los dioses. Así mismo, llama la atención que las técnicas de incubación prosiguieron también durante el Medioevo. Incluso, en la historia de la ciencia, no faltan los episodios de inspiración basados en sueños, como, según se dice, en el descubrimiento de la estructura anular del benceno por parte del químico orgánico alemán August Kekulé tras una visión en sueños de una serpiente mordiendo la cola, el Ouroboros. Por supuesto, esta forma de abordar la filosofía es harto distinta de la que conocemos, basada de forma habitual en la discusión, en la mera especulación intelectual de ideas abstractas, en un intento de usar el conocimiento para alcanzar el significado con la ayuda de las palabras, sin llegar a conseguirlo en sentido estricto. Ni se diga si se incurre, como tantas veces sucede en los mentideros universitarios y académicos, en discusiones bizantinas, de las que muy rara vez aflora una idea original y útil. En palabras de Kingsley (2017: 136): “Hace ya tiempo que los orígenes de la filosofía occidental se presentan como una cuestión de mera especulación intelectual, de ideas abstractas. Pero eso es solo un mito... La filosofía se había desarrollado como una actividad generalista, intensamente práctica”. Esto es, siglos atrás, el sentido esencial y medular de la filosofía era el de amor a la sabiduría. En cambio, esto significa en nuestro tiempo poca cosa.

¿Por qué hay una serpiente en el símbolo universal de la medicina, la vara o caduceo de Asclepio? He aquí la oportuna explicación brindada por Peter Kingsley (2017: 127-129): de entrada, está el mito

délfico de Apolo, la luz de la verdad, representado con el Sol, luchando con la serpiente, una batalla librada entre opuestos, verdadera dimensión dialéctica como la que más, en la que el célebre dios celestial vence a los poderes de la tierra y la oscuridad. De facto, en el ritual y en el arte, se le consagraban las serpientes. Al fin y al cabo, él mató la serpiente para absorber los poderes proféticos que ella representa con el fin de apoderarse de ellos. Además, como Asclepio era hijo de Apolo, se apoderó poco a poco de los poderes sanadores pertenecientes a su padre. De aquí que sea una píldora harto difícil de tragar aquella de que Asclepio fuese un dios afable y delicado. Con todo, existieron en torno a 320 templos, los Asclepiones, por toda Grecia y el Asia Menor. Y con una larga vida, puesto que funcionaron de forma activa durante más de diez siglos, entre el siglo V a. C. y el siglo VI d. C. (Mejía Rivera, 2017: 43).

Al final de cuentas, ¿cuál es la esencia del célebre poema de Parménides, cuya interpretación más reciente ha provocado una revisión detenida de la historia occidental, incluida la de la medicina? He aquí la introducción del mismo (Gaos, 1941):

Las yeguas que me llevan me condujeron hasta la meta de mi corazón, pues que en su carrera me trasportaron hasta el famoso camino de la deidad que, solo, lleva a través de todo al hombre iniciado en el saber. Hasta allí fui llevado, pues hasta allí me llevaron las muy inteligentes yeguas que tiran de mi carro, mientras que unas doncellas me enseñaban el camino.

El eje, inflamándose en los cubos, impelido de ambos lados por las dos redondas ruedas, lanzaba un grito de siringa, en tanto se apresuraban por conducirme hasta la luz las doncellas del Sol, dejando atrás las moradas de la Noche, quitándose con las manos de las cabezas los velos.

Allí están las puertas de los caminos de la Noche y del Día, sujetas entre un dintel y un umbral de piedra, altas hasta el éter, cerradas con ingentes hojas, de las que la Justicia fecunda en penas guarda las llaves maestras.

Induciéndola con blandas razones, las doncellas la convencieron inteligentemente de que sin tardanza les quitase de las puertas la barra sujeta con un cerrojo. Y las puertas abrieron una boca inmensa al desplegar las alas y hacer girar sucesivamente en los quicios sus ejes de fuerte bronce, sujetos con clavijas y pernos. Allí, pues, a través de las puertas, guiaron en línea recta las doncellas por la calzada carro y yeguas.

Y la diosa me acogió benévolamente. Tomó mi mano derecha en la suya y me habló dirigiéndome estas palabras:

Oh, joven, que en compañía de inmortales conductores y traído por esas yeguas arribas a nuestra morada, salud, pues que no es un destino aciago quien te impulsó a recorrer este camino, que está, en efecto, fuera del trillado por los hombres, sino la ley y la justicia. Mas necesidad es que te informes de todo, tanto del intrépido corazón de la Verdad bien redonda, cuanto de las opiniones de los mortales, en las que no hay una fe verdadera. Pero en todo caso aprenderás también esto, cómo necesitaban haber puesto a prueba cómo es lo aparente, recorriéndolo enteramente todo.

Mas tú, de este camino de busca aparta el pensamiento que pienses, no te fuerce el hábito preñado de experiencia a entrar por este camino, moviendo ciegos ojos y zumbantes oídos y lengua, antes juzga con la razón la muy debatida argumentación por mí expuesta. Una sola posibilidad aún de hablar de un camino queda.

En síntesis, este poema narra un viaje realizado por Parménides al inframundo, y, según advierte con tino Peter Kingsley, él explica de qué manera, partiendo de la ilusión en la cual vivimos, los seres humanos son en su origen seres solares, hijos del Sol. Entre muchas otras cosas, se trata de un poema que brinda información sobre temas como el crecimiento del feto, las peculiaridades sexuales y la naturaleza de la ancianidad. Por desgracia, luego de Parménides, y por obra y gracia de la ocultación provocada por Platón y sus seguidores, toda una amputación de las ambigüedades de las ideas de los pitagóricos, el conocimiento de la otra vía quedó relegado para unos cuantos herejes y autores de oráculos, además de los alquimistas. En realidad, esta postura indeseable provocada por Platón y sus secuaces es bastante cómoda, puesto que no es agradable vivir con tamaño desafío que haría que nuestro pensamiento se sienta derrotado. En cualquier caso, se perdió de vista hace centurias que es imposible alcanzar la luz a costa de rechazar la oscuridad, que el lugar de la luz está en la oscuridad, una distorsión que persiste con tozudez en los programas educativos de nuestro tiempo, sesgados en grado sumo. Es justo la idea de que todo contiene a su opuesto, de que, como señala Fernando Valera (Nicholson, 1999: 9), el cielo y el infierno son la propia conciencia del hombre. En particular, si nos fijamos con cuidado, la escritora británica Joanne Kathleen Rowling muestra con lucidez esta idea en su conocida obra literaria, *Harry Potter*, en la forma cómo funciona el Colegio Hogwarts de Magia y Hechicería habida cuenta de que su carismático Director, Albus Dumbledore, no impide que en su seno haya gente mala como suelen ser los Slytherins y que convivan, no sin conflictos inevitables, con seres de luz como los Gryffindors. En el fondo, el conflicto forma parte constitutiva de la vida dada su sempiterna dimensión dialéctica. Todo suele definirse en relación con su opuesto. Por el estilo, vemos lo mismo en la saga de *Star Wars* merced a la tensión dialéctica entre el lado luminoso de la Fuerza,

encarnado por la Orden Jedi, y el correspondiente lado oscuro, representado por la ominosa Orden Sith. Más adelante, me detendré más a este respecto dados los análisis que dicha saga ha merecido por parte de filósofos y eticistas.

Siglos más adelante, cuando estaba en su recta final la Edad Media para dar cabida al Renacimiento, los Médici tuvieron un papel destacable, dado que, en el Medioevo, el neoplatonismo estuvo representado sobre todo por la mística de la Iglesia Ortodoxa (Roob, 2016: 21-22). Ahora bien, aunque no era incompatible con las estructuras jerárquicas del Estado y de la Iglesia, tal concepción filosófica quedó marginada en Occidente con respecto a los grandes sistemas doctrinales escolásticos. Así mismo, la Iglesia creyó que, al exterminar a los cátaros y los valdenses a comienzos del siglo XIII, y con la creación del Santo Oficio de la Inquisición, había arrancado de raíz la perseguida herejía gnóstica. Con todo, en el Renacimiento renació la tradición alejandrina con nuevos bríos, máxime que Marsilio Ficino, el principal representante de la Academia Platónica de Florencia, tradujo en 1463, por orden de Cosimo de Médici, un compendio, atribuido a Hermes Trismegisto, de catorce tratados gnóstico-neoplatónicos de los primeros siglos del cristianismo. Se trata del célebre *Corpus Hermeticum*, un texto que trata de temas tales como la naturaleza de lo divino, el surgimiento del Cosmos y la caída del hombre, junto con las nociones de Verdad, de Bien y de Belleza, texto que influyó en grado sumo entre los humanistas de aquellos tiempos. En suma, el Renacimiento mismo sugiere que la herencia del saber de los antiguos no había desaparecido. En el caso concreto de la medicina, aún seguía a la sazón la práctica de la incubación de los sueños, si bien el auge de tales curaciones languideció a lo largo del Renacimiento hasta desaparecer (Mejía Rivera, 2017: 60). Sin embargo, en época tan relativamente cercana a nosotros, los comienzos del siglo XX, en virtud del mito del médico venezolano José Gregorio Hernández Cisneros (1864-1919) y sus médicos invisibles, volvemos a encontrar la estructura de la incubación de los sueños. A este respecto, el médico y escritor colombiano Orlando Mejía Rivera (2017: 60) declara que desconoce la explicación histórica que liga las arcaicas incubaciones paganas o medievales con esta extraña manifestación en los albores del siglo XX en Latinoamérica. Por decir lo menos, una curiosa cuestión si consideramos que hay una buena distancia temporal de varios siglos en lo que a esto concierne.

Incluso, en los días antiguos, una tecnología temible en principio como lo es la tecnología bélica no se sustraía a la mencionada concepción holística, al punto que la historia del armamento en Occidente tuvo su desarrollo en sintonía con la misma. En especial, la artillería de entonces estaba basada, para los pitagóricos, conocedores de las artes militares, en los principios de la armonía y el equilibrio, concepción que dominó el mundo militar occidental a lo largo de casi dos milenios. Todavía más, para ellos la guerra misma era una gran armonía, ejecutada por el comandante de artillería y que podía oírse en las cuerdas de la catapulta (Kingsley, 2017: 209-210). Más aún, un filósofo de esos como Zenón también se involucró en asuntos bélicos, como cuando murió al sacar armas de contrabando de Elea con el fin de ayudar a la gente de una pequeña isla volcánica sita ante la costa de Sicilia para poder defenderse del poder de la talasocracia de esa parte del mar Mediterráneo, Atenas (Kingsley, 2017: 211). De facto, los pitagóricos luchaban si hacía falta para defender su vida, sus leyes y sus tradiciones. Por supuesto, nada parecido a la guerra moderna. En todo caso, para los pitagóricos de esos días ya lejanos, la armonía no era ideal celestial alguno, ni tenía que ver con las ideas sentimentales de dulzura y paz. Notemos ahora el gran contraste con la posterior tecnología bélica basada en la revolución de la pólvora, puesto que, a causa del ruido característico y su capacidad letal, los cañones europeos cargaron con el sambenito de ser instrumentos infernales, fama que Cervantes recogió con acierto en el célebre discurso de las armas y las letras de don Quijote, cual antesala de lo que, siglos después, será el pensamiento bioético (Cervantes, 1605):

Bien hayan aquellos benditos siglos que carecieron de la espantable furia de aquestos endemoniados instrumentos de la artillería, a cuyo inventor tengo para mí que en el infierno se le está dando el premio de su diabólica invención, con la cual dio causa que un infame y cobarde brazo quite la vida a un valeroso caballero, y que sin saber cómo o por dónde, en la mitad del coraje y brío que enciende y anima a los valientes pechos, llega una desmandada bala (disparada de quien quizá huyó y se espantó del resplandor que hizo el fuego al disparar de la maldita máquina) y corta y acaba en un instante los pensamientos y vida de quien la merecía gozar luengos siglos. Y así, considerando esto, estoy por decir que en el alma me pesa de haber tomado este ejercicio de caballero andante en edad tan detestable como es esta en que ahora vivimos; porque aunque a mí ningún peligro me pone miedo, todavía me pone recelo pensar si la pólvora y el estaño me han de quitar la ocasión de hacerme famoso y conocido por el valor de mi brazo y filos de mi espada, por todo lo descubierta de la tierra. Pero haga el cielo lo que fuere servido, que tanto

seré más estimado, si salgo con lo que pretendo, cuanto a mayores peligros me he puesto que se pusieron los caballeros andantes de los pasados siglos.

En este sentido, este mayor poder, comparado con el modesto en comparación que proporcionaba la tecnología bélica basada en la torsión, la tensión, la tracción y el contrapeso de los días antiguos y primeros siglos del Medioevo, connota un mayor extravío de parte de Occidente al contar con un gran poder que, para entonces, aún no manejaba con responsabilidad, un poder que le permitió, a raíz del llamado milagro de Occidente, que inició hace algo más de cinco centurias al fenecer la Edad Media y despuntar la Modernidad, apoderarse de buena parte del orbe, con las consecuencias que bien conocemos de sometimiento tanto del ser humano como de la naturaleza. Ahora bien, en la actualidad, Occidente está en crisis y tal milagro se desvanece por momentos. Es decir, ha sido víctima de su propio éxito a fuer de su extravío, un extravío cuyas raíces se remontan al momento en el que el foco de interés en los días antiguos paso de Elea a otros lugares, al punto que, como señala Kingsley (2017: 184), la filosofía sustituyó al otrora amor por la sabiduría, la cual se hizo así atractiva y accesible para el espíritu curioso. En otras palabras, lo que antes exigiese una entrega completa paso a ser un mero pasatiempo para los aficionados a jugar con juguetes, un divertimento de fin de semana para agrupaciones de diletantes. De esta suerte, las enseñanzas de Parménides, o Parmeneides, quedaron arrancadas del contexto y del trasfondo que les dieron vida y sentido habida cuenta de que lo que, en sus orígenes, buscaba alterar todas las fibras del ser, aquilatar al ser humano, se tornó en una lógica árida apenas adecuada para complicar y torturar el pensamiento (Kingsley, 2017: 184-185). Desde entonces, es lo que tenemos en Occidente, con su fractura de esa realidad holística que es el ser humano, un mal agravado por el fenómeno harto conocido de la especialización, en virtud del cual el grueso de los filósofos de hoy, como los científicos y los ingenieros, no razonan en clave de sistema. Están atrapados entre los barrotes de su campo de especialización. Con todo, no todos los occidentales razonan de tal modo, en especial si se han zambullido a fondo en el conocimiento de otras culturas distintas a la nuestra. Tal es el caso del eminente orientalista inglés Reynold Alleyne Nicholson, quien fue un conocedor profundo del misticismo islámico, traductor de persa y árabe y ensayista y conferenciante de altos merecimientos, por lo que ocupó el cargo de Lector de Persa en la Universidad de Cambridge y fue miembro del Trinity College. Algo similar cabe señalar acerca de la

notable filósofa estadounidense Martha Craven Nussbaum, quien ha hecho lo propio en relación con la India y otras partes de Oriente.

En el caso particular del mundo hispano, existe una gran paradoja en este sentido por cuanto sus raíces están en Roma, en Israel y en el Islam, lo cual significa que, según advierte Fernando Valera (Nicholson, 1999: 7), nadie puede penetrar en la esencia de nuestra cultura hispana si deja de asomarse, sea por intolerancia, sea por invencible pereza mental, a los hontanares secretos de las culturas clásica, hebrea y arábiga. Más todavía, la convivencia cristiano-judeo-islámica, conflictiva por supuesto dada la sempiterna condición humana, permite explicar la civilización mediterránea de la Edad Media, una parte consustancial de Occidente sin la menor duda. No obstante, el hispano medio dista en mucho de conocer estas raíces de la cultura en la que, se supone, ha estado inmerso desde su nacimiento. De ahí que tienda de manera indefectible a buscar modelo en otras latitudes, reflejo mismo de una crisis de identidad que es, a la vez, una crisis ética.

Volvamos con Parmeneides y su tiempo. A la sazón, un *physikos* era alguien interesado en los orígenes y la naturaleza del universo, una persona con interés en los principios básicos de la existencia, con capacidad para alcanzar la esencia de las cosas y para hacer uso del conocimiento que encuentra: un filósofo (Kingsley, 2017: 135-136). De aquí que fuese también el término en uso para referirse a los magos y alquimistas. Y, a sí mismo, no perdamos de vista que de tal palabra deriva el vocablo inglés *physician*, esto es, médico. Con el correr del tiempo, la medicina racional occidental que tanto conocemos surgió como reacción contra esta concepción de la filosofía, o sea, contra su empeño en que, antes de proceder con la curación de alguien, es menester conocer la naturaleza más profunda de los hombres y las mujeres, lo que son los seres humanos, algo que va mucho más allá de ver cómo reaccionan en una u otra situación. Por decir lo menos, esos filósofos de antaño mostraban un proceder protobioético, máxime al saberse parte de la naturaleza en sentido amplio.

En lo concerniente a la dimensión educativa concomitante, llama la atención que la adopción cumplía un papel esencial en el mundo antiguo. Pero, difería en grado sumo de lo que es adoptar a alguien en nuestro tiempo, pues, el proceso de adopción estaba ligado a la iniciación (Kingsley, 2017: 142-143). Era el caso de los círculos pitagóricos, por lo que convertirse por entonces en pitagórico no era una

cuestión ligera, no era como hoy en día es la educación escolarizada: llegar, pagar, aprender y marcharse. En otras palabras, era todo un proceso que afectaba aspectos del ser humano alejados de la experiencia ordinaria. Sencillamente, convertirse en pitagórico equivalía a su adopción, a que fuese parte de una gran familia. Era un proceso de renacimiento, de volver a ser un niño, un *kouros* (Kingsley, 2017: 146-147). De este modo, la adopción era tanto parte de un misterio como un misterio en sí misma. Si nos fijamos con cuidado, esto recuerda la forma en la que la Orden Jedi de *Star Wars* inicia a quienes, más adelante, serán caballeros de la misma. Por ejemplo, recordemos que Anakin Skywalker, en algún momento, antes de ser el tenebroso Darth Vader, declara que Obi-Wan Kenobi es como su padre. Más adelante, en *El retorno del Jedi*, renacerá gracias a su hijo carnal, Luke Skywalker. En todo caso, para los pitagóricos era de suma importancia la interacción entre el “progenitor” y el “hijo”, al punto que conducía a exigencias éticas tremendas, las que iban más allá de ser obligaciones formales y muchas veces debían intuirse (Kingsley, 2017: 147-148). En suma, para los pitagóricos de otrora, era un proceso por el cual el discípulo ponía tanto su vida como su muerte en manos de su maestro, siendo así parte de un vasto sistema en el que hallaba una creatividad extraordinaria. Como vemos, poco o nada parecido con la educación actual, corrompida aún más por el capitalismo neoliberal al reducir a los estudiantes al estatus infame de “clientes” y “usuarios” heterónomos que pagan por un “servicio” brindado por expertos que ejercen un monopolio radical, lo que equivale a decir que ha quedado emasculada la autonomía de aquellos, justo el sustrato fundamental con el que es preciso contar para la forja de seres éticos.

En la actualidad, los en extremo interesantes y sugestivos descubrimientos arqueológicos llevados a cabo en las décadas de 1950 y 1960 en las ruinas de lo que alguna vez fuese la ciudad de Elea son poco más que estadísticas y guarismos que podrían no haber existido. Las pruebas correspondientes han ido quedando en el olvido, fuera de la mirada y el alcance del público, depositadas en oscuros almacenes. Son historia pasada (Kingsley, 2017: 215-216). Sin la menor duda, esto debería causar una gran preocupación entre quienes, en nuestro tiempo, vibran con la forja de una sociedad biocéntrica y convivencial, puesto que, para realizarla, es menester tener bien claro lo que fue este extravío en la forma como Occidente alguna vez fomentó un mejor contacto con la naturaleza, incluido el inframundo, un extravío que, a la postre, condujo al surgimiento del paradigma de la tecnociencia como medio para someter a natura, tanto al ser humano como al resto de la trama de la vida, a la vez

que a la escisión tajante con respecto a Oriente, como si jamás Occidente hubiese tenido una vena espiritual. Diciéndolo a la manera de Oswald Spengler (1935), comenzó así el dominio de los animales rapaces del espíritu.

Con todo, cabe preguntarse si será posible ocultar por completo semejantes descubrimientos que le imprimen un giro copernicano a lo que ha solido entenderse como la historia de Occidente, incluida su historia de la medicina. Al fin y al cabo, el filósofo Peter Kingsley ha hecho no poco para darlos a conocer, su libro es apenas el principio de esta revelación. Además, como hemos visto con la información brindada por Orlando Mejía Rivera, la historia de la medicina ya está tomando en cuenta lo atinente a la técnica de incubación de sueños. En su libro, Orlando presenta nada menos que cuarenta y tres casos médicos hallados en dos estelas conservadas en las paredes del templo de Epidauro, datadas en la segunda mitad del siglo IV a. C., cuyo título colectivo es bastante descriptivo al respecto: “Textos votivos en el templo de Asclepio, en Epidauro. Curas de Apolo y Asclepio”. Por supuesto, los pacientes se acostaban a dormir en el ábaton y el dios se les revelaba en sueños (Mejía Rivera, 2017: 45-55). Para muestra un botón, reproduzco aquí el caso 13, cuyo texto dice: “Un hombre de Torona con sanguijuelas. Al dormirse tuvo un sueño. Le pareció ver que el dios abría su pecho con un cuchillo y sacaba las sanguijuelas, las cuales le entregó en sus manos, y luego le cosió el pecho de nuevo. Al amanecer él partió con las sanguijuelas en las manos y se sintió bien. Él las había tragado, después de haber sido engañado por su madrastra que las había arrojado a una poción que bebió”. Acerca de este caso, destaca Orlando que hay evidencia de un acto quirúrgico, con sutura posterior (Mejía Rivera, 2017: 48).

Y no solo tenía aplicación práctica en aquellos tiempos la incubación de sueños para fines médicos, sino que, así mismo, tenía usos para la creación de nuevas leyes a base de yacer en silencio e inmovilidad totales (Kingsley, 2017: 205), una idea que, si nos fijamos con cuidado, aparece, en cierto modo, en la ciencia ficción reciente, como en el filme *Tron: Legacy* (Wikipedia, 2019b), en el que vemos a Kevin Flynn, interpretado por Jeff Bridges, decirle a su hijo, Sam Flynn, que, muchas veces, la mejor manera de hacer algo consiste en permanecer en quietud. En cambio, nuestro tiempo es el de la celeridad para todo, el de estar ocupado corriendo de una distracción a otra, sin posibilidad de concentrarse. Como bien lo señala Peter Kingsley (2017: 207), nuestro pensamiento errático es tan

inquieto que va de un lado a otro, nos lleva de teoría en teoría, de una explicación sofisticada a otra. Empero, carece del sosiego necesario para que nuestra conciencia pueda centrarse unos momentos en nosotros. De aquí que, tras más de dos mil años de discutir, teorizar y razonar, nadie logra estar de acuerdo con nadie sobre nada importante durante mucho tiempo. Es decir, por más que dizque pensemos, jamás llegamos a la verdad sobre nosotros mismos (Kingsley, 2017: 207-208). En esto consiste el hado del hombre de nuestro tiempo, al que cabe aplicarle un sabio refrán: “Piedra que rueda no cría lama”. Y, claro está, el pensamiento bioético global, sobre todo si es radical, exige ante todo la concentración a largo plazo, durante varias generaciones incluso, en objetivos inherentes al paso hacia un modelo de civilización biocéntrica y convivencial. De esta forma, pensar y actuar bioéticamente implica desaprender el modo de pensar y actuar decantados durante siglos por el extravío de Occidente. Por fortuna, como bien destaca Kingsley (2017: 216), a despecho de los dramas de la distorsión, del mal uso y abuso, son poco en comparación con lo realizado con lo esencial de las enseñanzas y los escritos de los sucesores de Parmeneides, un poder que espera a que se lo entienda de nuevo y se lo use, más allá de que se hable de él o se relegue.

### **LA REVOLUCIÓN BÉLICA DEL SIGLO XVIII**

Con la revolución de la pólvora, fue quedando atrás la concepción de las armas según los antiguos principios de la armonía y el equilibrio. En especial, en la historia militar del mundo, resulta crucial tomar en cuenta la revolución bélica del siglo XVIII, cuyo escenario fue la Gran Bretaña y la cual está entretrejida tanto con la revolución científica como con la revolución industrial. Esto es, la omisión de dicha revolución bélica empobrece sobremedida la comprensión de la revolución científica y la revolución industrial de ahí en más, sobre todo por el hecho que, en nuestro tiempo, contamos, gústenos o no, con un entramado económico-militar-industrial, con un gran número de científicos e ingenieros a su servicio, ocupados, claro está, en el desarrollo de nuevos armamentos, algo que, por ejemplo, podemos apreciar en la serie televisiva del canal *Discovery Civilization* que lleva por título *Armas del futuro* (Wikipedia, 2019a), al igual que en otra serie del mismo canal, *Arma letal* (Wikipedia, 2018b). Ahora bien, las raíces remotas de esa revolución nos llevan al siglo X en Asia Oriental habida cuenta de que, durante largo tiempo, ha solido pensarse, sin mucho rigor, que la Edad de la Pólvora comprende los últimos cinco siglos, desde finales del siglo XV poco más o menos, cuando, se dice, comenzó en Europa con el auge del cañón clásico. No obstante, las investigaciones más recientes, y

rigurosas, en materia de historia militar han obligado a replantear semejante creencia, al punto que dicha Edad abarca el doble del tiempo estimado hasta ahora. De esta suerte, es menester iniciar la misma desde mediados de la Edad Media en lo que es Asia Oriental.

De acuerdo con el historiador Tonio Andrade (2017: 23-35), autor de un espléndido libro sobre el tema, la Edad de la Pólvora comienza con uno de los períodos más fascinantes de la historia china: la dinastía Song (960-1279). De facto, fueron tres siglos en los que tuvieron lugar los desarrollos militares más trascendentales de la historia humana hasta el siglo XX, tanto que puede afirmarse que la guerra moderna nació en la China de los Song. Esto significa que, a la sazón, China contaba con un desarrollo tecnocientífico notable, manifiesto, por ejemplo, en la existencia de billetes durante la dinastía Tang, anterior a la Song. A su vez, ésta oficializó su práctica y los imprimió por millones en patrones de color intrincados con técnicas antifalsificación.

De facto, la tecnología militar de la era Song era avanzada, puesto que, amén de armas de fuego, contaban con catapultas de largo alcance con una mayor precisión, nuevas clases de ballestas de repetición, ballestas de artillería grandes y potentes, lanzallamas de doble acción y nuevas técnicas para forjar espadas, lanzas y armaduras. Hace poco tiempo, en un episodio de la serie televisiva *Arma letal*, Mike Loades, historiador militar británico, mostró una antigua ballesta china con una notable cadencia de disparo. En fin, el gobierno Song fomentaba la experimentación con flechas que usaban pólvora y recompensaba a los innovadores. Incluso, hizo de la fabricación de armas de fuego un componente de su política oficial de armamento. Ahora bien, el uso de la pólvora no estaba circunscrito a los Song habida cuenta de que lo propio hicieron los estados Liao y Xi Xia, por lo que los Song decretaron en el año 1076 la prohibición a sus súbditos para vender nitrato de potasio y azufre a los habitantes del estado Liao. Por cierto, la pólvora recibía por entonces una denominación bastante pintoresca: “Medicina para bombas incendiarias”, reflejo del hecho que el objetivo de los alquimistas chinos era producir medicamentos en general. Propiamente, se halló la pólvora en medio de un siglo de exploración sistemática de las propiedades químicas y farmacéuticas de un gran diapasón de sustancias. Así las cosas, el descubrimiento de la pólvora ocurrió cuando los alquimistas de marras intentaban aislar compuestos estables y puros. Y, contrario a lo que pudiese pensarse, en esos tiempos, en plena Edad Media, los chinos habían concebido armas formidables con un enorme poder de

destrucción, como la devastadora bomba de hierro, la cual tenía forma de calabaza, pero con una boca pequeña. Estaba hecha de arrabio, con unos cinco centímetros de grosor y hacía temblar las murallas de una ciudad. Mucho después, desaparecida la dinastía Song, al igual que la dinastía mongola Yuan, disuelta a comienzos de la década de 1350, entró en escena el señor de la pólvora más próspero, un monje budista pobre llamado Zhu Yuanzhang, fundador de la gran dinastía Ming, el primer imperio mundial de la pólvora, antes de los europeos. De hecho, era el sector armamentístico más grande y evolucionado del mundo en ese tiempo, con armas de tal poder que, como señala Tonio Andrade, harían que Lucifer estuviera orgulloso.

En este punto, conviene destacar que los primeros cañones Ming distaban bastante de los modelos clásicos que conocemos, tanto que las catapultas eran el arma preferida por los chinos para arrasar estructuras al arrojar piedras y bombas, tanto explosivas como incendiarias (Andrade, 2017: 51-60). En otras palabras, los cañones chinos eran pequeños, en contraste con los que luego fabricaron los europeos, con ejemplares que alcanzaron una gran envergadura. Esto se debía a que las murallas chinas eran mucho más gruesas que las europeas, por lo que, en China, no tenía sentido pretender abrir brechas en las murallas mediante cañones. Por el contrario, en Europa, con fortificaciones que tenían murallas delgadas en comparación, los cañones podían abrirles brechas sin mucho esfuerzo. De esta suerte, hubo una mayor motivación para el desarrollo de los cañones en Europa, los cuales terminarían por superar a los chinos. Así las cosas, los castillos feudales europeos, pensados para guerras de lanza y espada, quedaron obsoletos ante la nueva artillería, lo que inspiró, al finalizar del siglo XV, la aparición de un nuevo tipo de fortaleza, concebida para resistir la nueva artillería: el bastión, o traza italiana, que tuvo un papel no desdeñable en la conquista europea de buena parte del planeta habida cuenta de que un bastión permite controlar un buen territorio contando con una guarnición más bien reducida. Dicho de otro modo, la aparición tanto del cañón clásico como del bastión implicó un acrecentamiento del extravío de Occidente a causa de un refuerzo de su poder para conquistar mediado por la tecnología bélica, que ya había adquirido para entonces una cierta mala reputación a causa del ruido que producían los cañones y su capacidad letal, a tal grado que cargaron con el sambenito de ser instrumentos infernales.

En este contexto, al fenecer el siglo XV, China quedó rezagada frente a Europa en tal campo tecnológico, comenzando una era de divergencia militar entre ambas tecnologías bélicas. Luego, en pleno siglo XVIII, gracias al papel de la nueva ciencia experimental europea, esta divergencia crecerá aún más con motivo de la revolución bélica provocada por los aportes de Benjamin Robins (1707-1751), discípulo del ilustre Isaac Newton e inventor de un aparato que resultó clave para dicha revolución: el péndulo balístico, que permite medir la velocidad de un proyectil. A partir de este momento, el extravío ético de Occidente adquirirá proporciones todavía mayores, y más dramáticas, sobre todo porque marcó el camino que permitió llegar a las armas de destrucción masiva del siglo XX.

Antes de mediados del siglo XVIII, la situación era crítica por decir lo menos, pues, no se entendían ciertos aspectos fundamentales de las armas de fuego y la pólvora, tales como la relación exacta entre la cantidad de pólvora empleada, la forma del cañón y la velocidad de un proyectil de una masa y tamaño determinados, al igual que la resistencia aerodinámica que experimentaba el proyectil una vez que salía del arma y cómo ésta afectaba a la trayectoria. El panorama cambió gracias a Robins, puesto que su péndulo balístico permitió medir la velocidad de los proyectiles. En lo esencial, se trata de un trípode del tamaño de un hombre alto con un gran colgante incorporado, del cual colgaba una diana. En un experimento habitual, se parte del péndulo en reposo. Una vez que lo alcanza un proyectil, empieza a oscilar. Luego, se mide la altura que alcanza, pudiéndose así calcular la velocidad. En suma, este método está basado en el principio de la conservación de la energía. En cualquier caso, dicho péndulo revolucionó la artillería de aquellos días. Botón de muestra, los estudios de Robins mostraron un umbral desconocido: la velocidad del sonido, un fenómeno que nadie había podido predecir (Andrade, 2017: 243-254).

Además, la nueva balística revolucionó sobremanera el cómputo de trayectorias y tiempos de impacto, cuya base era la trigonometría y el cálculo. En este punto, surgieron los sistemas de educación militar centrados en las matemáticas, como la Academia Real de Artillería e Ingeniería Militar Piamontesa y la École Royale d'Artillerie, uno de cuyos alumnos célebres fue Napoleón Bonaparte, quien realizó una investigación sobre balística. En suma, mientras los europeos experimentaban a mediados del siglo XVIII con el péndulo balístico, los chinos carecían de investigaciones significativas al respecto, lo cual le brindó a los británicos una ventaja abrumadora, con un poder de destrucción sin precedentes merced

a la combinación entre tres revoluciones, a saber: científica, industrial y bélica. Claro está, nada basado en los antiguos principios de la armonía y el equilibrio. Así, estamos ante Marte desencadenado y con el enorme poder brindado por la tecnociencia dominante a su disposición.

Junto con la revolución balística de marras, tuvo lugar la mejora sustancial en la fabricación de la pólvora, un suceso ligado a William Congreve el Viejo y su hijo, William Congreve el Joven. Propiamente, las innovaciones más relevantes comenzaron en 1783, cuando Congreve padre quedó al mando de los Royal Powder Mills en Inglaterra. Allí, realizó experimentos sistemáticos e hizo construir campos de tiro especiales, nuevas refinerías de nitrato de potasio e instalaciones de pruebas. Entre otras cosas, descubrió que el carbón vegetal producido en cilindros de hierro sellados permitía obtener una pólvora de calidad superior. Fue la denominada pólvora de cilindro británica, considerada a la sazón como la mejor del mundo, con casi el doble de potencia que las pólvoras tradicionales y mucho menos dada a degradarse. En marcado contraste, en la década de 1830, los chinos persistían en los métodos de fabricación de pólvora de los primeros años del período Qing, esto es, en el siglo XVII, una mezcla bastante deficiente comparada con la británica. Y, aparte de ser mejor, la pólvora europea era más abundante y barata gracias a las herramientas propias de la revolución industrial, un abaratamiento que implica por fuerza un mayor poder destructivo al ponerla a disposición de un diapasón más amplio de actores militares y paramilitares, los que no siempre se guían por un faro ético al respecto, ya que no hay guerras hermosas. En el siglo XIX, semejante tecnología permitió que el Imperio Británico ganase con ventaja en las guerras del Opio contra China, un conflicto industrial respaldado por la ciencia forjada por Robins, país que, tardíamente, entendió que debía ponerse al día en cuestiones tecnocientíficas occidentales, dominantes como las que más, para desquitar lo más posible de su atraso militar, de su gran divergencia como la denomina el historiador Tonio Andrade (2017: 237-254).

Este carácter de conflicto industrial inherente a la guerra moderna ha quedado plasmado con detenimiento en una de las realizaciones emblemáticas de la ciencia ficción contemporánea: *Star Wars*. En la misma, vemos a un beligerante estado racial, el Imperio Galáctico, que solo es posible sobre la base de una sólida y sofisticada infraestructura industrial, con su patente soporte en una tecnociencia dominante, aunado a un estado de guerra permanente, algo plasmado, entre otros

indicios significativos, en su planeta capital, Coruscant, toda una ecumenópolis, con su perfil característico de gran urbe industrial moderna del capitalismo global, lo que contrasta sobremanera con el manejo correspondiente por parte de la Alianza Rebelde, o Alianza por la Restauración de la República. En estas condiciones, adquiere mucho sentido la existencia de obras consagradas al análisis de los aspectos éticos concomitantes, como aquellas de Fernando Ángel Moreno (2017), que trata tanto de la trilogía original y la precuela como de los filmes más recientes al respecto, y Carl Silvio y Tony M. Vinci (2015), centrada en la trilogía original y la precuela.

En lo atinente al auge del actual capitalismo global, expresión misma del acrecentamiento del extravío de Occidente, *Star Wars* estuvo bastante ligada, de una manera consciente como la que más, puesto que George Lucas sabía muy bien lo que hacía. En concreto, su trilogía original (*Una nueva esperanza*, *El imperio contraataca* y *El retorno del Jedi*) apareció en una época de transición entre un antiguo régimen de producción fordista, con su acumulación característica, y un régimen nuevo y global, una época que, como señala Carl Silvio (Silvio y Vinci, 2015: 40, 43), lo fue de agitación económica y crisis de valores, reflejada ésta en el hecho que los individuos tienen problemas para entender su relación con una red de control que ha abarcado todos los aspectos de nuestra existencia social. Es una trilogía que abunda en ejemplos en los que la tecnología hace las veces de metáfora de nuestra experiencia del capitalismo tardío. Por ejemplo, piénsese en la inmensidad imposible y aterradora del Destructor Estelar imperial de Darth Vader, una escena que cautivó al público desde el primer momento (Silvio y Vinci, 2015: 47). Por su parte, la trilogía de la precuela (*La amenaza fantasma*, *El ataque de los clones* y *La venganza de los Sith*) tuvo su estreno en 1999, un momento en el que el tardocapitalismo ya no era un fenómeno cultural nuevo, al punto que el temor hacia el capitalismo global, por sus efectos deshumanizadores, queda desplazado hasta convertirse en un sustituto metafórico de un sistema económico y una filosofía que traen a la memoria otras versiones pasadas del capitalismo, anticuadas como las que más, vinculadas con la acumulación fija, tales como el fordismo y las ideas de Frederick Winslow Taylor (Silvio y Vinci, 2015: 67).

En principio, como nos advierte Christopher Deis (Silvio y Vinci, 2015: 105), el propio George Lucas pretendía que sus filmes de *Star Wars* mostrasen el auge y la caída de la democracia junto con la relación de los individuos con la sociedad, la tecnología y el Estado. Esto es, un marco comprensivo

y universal que trascienda lo particular. En otras palabras, él pretendía con estas películas mostrar que democracias grandes y poderosas, como Roma y los Estados Unidos, no se derriban desde fuera, por obra y gracia de enemigos externos, sino que se pudren desde dentro a causa de la codicia, la corrupción y el miedo, o sea, una amenaza fantasma. De este modo, en toda sociedad no falta, en una forma u otra, una ominosa Orden Sith. Y, por ende, se precisa de una Orden Jedi, o su equivalente, con el fin de procurar corregir el rumbo de los acontecimientos, de tratar de enderezar el extravío de Occidente. No lo olvidemos: la luz coexiste siempre con la oscuridad, hay tanto palomas como halcones. No puede ser de otro modo. Es lo que Parmeneides procuró mostrar.

Si hay algo que sugiere con creces este extravío en *Star Wars* es el resultado fundamental de la confrontación bélica entre la Alianza Rebelde y el Imperio Galáctico, habida cuenta de que aquella no podrá resolver jamás las contradicciones éticas de éste en caso de triunfar. Más bien, el poder cambiará de manos. Es decir, persistirá el carácter de sociedad dominante en esa galaxia muy, muy lejana, un Estado racial y totalitario como el que más. Al fin y al cabo, según hace ver Deis (Silvio y Vinci, 2015: 85), la Historia demuestra que la preservación de los imperios europeos precisó de la creación de normas de diferenciación, tanto para marcar sus territorios como para crear jerarquías sociales. En otras palabras, como vemos en el panorama actual de crisis civilizatoria global en nuestro planeta, no cabe encontrar soluciones a la misma en el seno de las sociedades industriales, llámense capitalistas, llámense socialistas (sean del siglo XXI o no), una cuestión que Hans Jonas (2004: 250-257) supo avizorar con claridad meridiana en *El principio de responsabilidad*. Así mismo, de ahí la enorme lucidez de Iván Illich con su concepción de las sociedades convivenciales, biocéntricas en grado sumo. Empero, el mundo actual dista sobremanera de ir en esa dirección, por lo que el colapso civilizatorio es inminente en las actuales circunstancias. ¿Acaso existe una mejor expresión de ese extravío de Occidente que comenzó hace siglos con el abandono y la distorsión del legado de Parmeneides? Más grave aún: no parece factible que Occidente pueda deshacer sus pasos, máxime con una población alienada y embrutecida en muy buena parte, incluida su fracción escolarizada. Y, para colmo, el resto del orbe tiende a imitar a Occidente cual modelo de éxito económico a seguir, como lo vemos con el auge de las nuevas potencias emergentes, los países BRICS (Brasil, Rusia, India, China y Sudáfrica). Sencillamente, por así decirlo, el humanismo occidental significa, para bien o para mal, que solo los occidentales son humanos, lo cual no es óbice para apreciar cómo se debe lo mejor de sus

realizaciones a lo largo de los pasados cinco siglos, con sus antecedentes en la Edad Media y la Antigüedad. No es cuestión de botar el agua sucia de la bañera con el bebé incluido. Ante todo, los genuinos hombres del oeste (denominados como los Dúnedain en el universo ficticio de John Ronald Reuel Tolkien (Tolkien, 2002; Wikipedia, 2018a)) jamás dejamos de serlo, sobre todo en orgullo, dignidad y nobleza de espíritu. Y, para no dejar de serlo, hemos de recobrar nuestra historia prístina para así facilitar el paso crucial hacia una sociedad de índole convivencial, basada en el fomento de los valores de uso y los ámbitos de comunidad, no los valores de cambio y las sociedades de mercado, con su nefasto énfasis en el comercio, una forma de la guerra según lo hizo ver con tino en su tiempo el poeta, artista, esteta y socialista británico William Morris (2013: 49), con su despilfarro característico de bienes, lo cual exige rescatar lo más positivo de Occidente para articularlo de manera sinérgica con los legados positivos de otras culturas, un rescate que precisa recuperar la memoria correspondiente, que toma en cuenta que es bueno pensar en el futuro sin perder de vista el pasado. Esto no es otra cosa que pensar y actuar en clave sistémica por excelencia, tan necesaria en extremo en nuestro tiempo habida cuenta de la presente crisis civilizatoria global, una crisis que no ha de entenderse como el fin de Occidente, sino de su renovación en clave holística y biocéntrica como fin en sí mismo. Eso sí, que Mnemósine no nos abandone a nosotros, los hombres del oeste.

### **A MANERA DE CONCLUSIÓN**

Tras todo lo dicho, salta de inmediato a la vista que la superación de la crisis ética de Occidente pasa por la recuperación misma de su memoria, de su historia, no para retornar a un pasado idílico que jamás existió, sino para corregir su rumbo actual de modo que apunte hacia un modelo de civilización convivencial y, por ende, biocéntrica, con una ciencia, así mismo, de talante convivencial, concebida por las personas y no para ellas por parte de expertos que ejercen un monopolio radical harto nefasto, un monopolio que, a la luz del legado de Parmeneides, carece de sentido al estar enemistado con la trama de la vida y la visión sistémica del universo. Sobre todo, en el ámbito de la guerra, este monopolio adquiere un cariz peligroso por decir lo menos al estar engastado en la revolución bélica que comenzó en el siglo XVIII con Benjamin Robins y que ha proseguido en la actualidad, con su natural evolución, sin asomo alguno de los principios de armonía y equilibrio, desembocando en las actuales armas supremas de destrucción masiva, fruto mismo del uso demencial de una tecnociencia

de índole dominante que haría que Lucifer estuviera orgulloso. Ya quedó dicho antes: que Mnemósine no nos abandone a los hombres del oeste para no continuar en semejante extravío.

## FUENTES

ANDRADE, Tonio. (2017). *La edad de la pólvora: Las armas de fuego en la historia del mundo*. Barcelona: Crítica.

CERVANTES, Miguel de. (1605). *Don Quijote de la Mancha: CAPÍTULO XXXVIII: Que trata del curioso discurso que hizo don Quijote de las armas y las letras*. Recuperado de <https://cvc.cervantes.es/literatura/clasicos/quijote/edicion/parte1/cap38/default.htm>.

FRITZE, Ronald H. (2010). *Conocimiento inventado: Falacias históricas, ciencia amañada y pseudo-religiones*. Madrid: Turner.

GAOS, José. (1941). *Antología filosófica: La filosofía griega: El poema de Parménides*. Recuperado de [http://www.cervantesvirtual.com/bib/extras\\_autor/00002616/hipertextos/estatico/estatico2/seccion\\_4\\_parmenides.htm](http://www.cervantesvirtual.com/bib/extras_autor/00002616/hipertextos/estatico/estatico2/seccion_4_parmenides.htm).

JONAS, Hans (2004). *El principio de responsabilidad: Ensayo de una ética para la civilización tecnológica*. Barcelona: Herder.

KINGSLEY, Peter. (2017). *En los oscuros lugares del saber*. Girona: Atalanta.

- MEJÍA RIVERA, Orlando. (2017). *La medicina antigua: De Homero a la peste negra*. Manizales: Universidad de Caldas.
- MORENO, Fernando Ángel. (2017). *La ideología de Star Wars*. Madrid: Guillermo Escolar Editor.
- MORRIS, William. (2013). *Cómo vivimos y cómo podríamos vivir*, seguido de *El arte bajo la plutocracia* y de *Trabajo útil o esfuerzo inútil*. Logroño: Pepitas de calabaza.
- NICHOLSON, Reynold Alleyne. (1999). *Poetas y místicos del Islam*. Madrid: Arkano Books.
- ROOB, Alexander. (2016). *El museo hermético: Alquimia y mística*. Köln: Taschen.
- SAGAN, Carl. (1985). *Cosmos*. Barcelona: Planeta.
- SILVIO, Carl y VINCI, Tony M. (Eds.). (2015). *Star Wars: Filosofía rebelde para una saga de culto*. Madrid: Errata Naturae.
- SPENGLER, Oswald. (1935). *El hombre y la técnica*. Santiago de Chile: Cultura.
- SPENGLER, Oswald. (1991). *The Decline of the West*. New York: Oxford University Press.
- THOMPSON, Damian. (2009). *Los nuevos charlatanes*. Barcelona: Ares y Mares.
- TOLKIEN, John Ronald Reuel. (2002). *El Señor de los Anillos (ilustrado)*. Barcelona: Minotauro.
- WAGENSBERG, Jorge. (2003). *Si la naturaleza es la respuesta, ¿cuál era la pregunta, y otros quinientos pensamientos sobre la incertidumbre*. Barcelona: Tusquets.
- WIKIPEDIA. (2018a). *Dúnedain*. Recuperado de <https://es.wikipedia.org/wiki/D%C3%Banedain>.
- WIKIPEDIA. (2018b). *Weapon Masters*. Recuperado de [https://en.wikipedia.org/wiki/Weapon\\_Masters](https://en.wikipedia.org/wiki/Weapon_Masters).
- WIKIPEDIA. (2019a). *Armas del futuro*. Recuperado de [https://es.wikipedia.org/wiki/Armas\\_del\\_futuro](https://es.wikipedia.org/wiki/Armas_del_futuro).
- WIKIPEDIA. (2019b). *Tron: Legacy*. Recuperado de [https://es.wikipedia.org/wiki/Tron:\\_Legacy](https://es.wikipedia.org/wiki/Tron:_Legacy).